

## 8. Los chiquillos

Las Foras, Almería. Es el cumpleaños de mi madre y he bajado de Madrid para verla. Tora ronronea a mi derecha mientras Keiko, la *schнауzer* de mi madre, apoya su hocico en mi muslo izquierdo. Me resulta raro estar en el piso de mi adolescencia, ese donde Nerea me besó tras empujarme contra un armario. En la estantería, en la pared, sobre la cómoda, hay fotos mías enmarcadas, la mayoría del después. También hay fotos del antes, exactamente cuatro, y en todas ellas la persona de la imagen parece un chico. En una de las fotos, la más arriesgada, tengo veintitrés años y llevo sombrero de fedora y una cazadora surfera. La cazadora es lo bastante amplia como para ocultar mis pechos, echado como estoy en el sillón orejero de la casa de Nerea. Fue ella quien me hizo la foto con su Nikon analógica. Pienso en el tiempo que mi madre dedicó a escoger las fotos que dieran testimonio de mi infancia sin traicionarme. Hace poco mi psicoanalista me habló del duelo que los padres sienten cuando sus hijos crecen. Me dijo que ella lo sintió cuando su hijo entró en la adolescencia, un buen día vio aparecer a su hijo por la

puerta y pensó: «¿Quién es este gigante que me ha robado a mi osito?». Me dijo también que el duelo debe de ser parecido, pero más intenso, cuando los padres dejan de tener un hijo para tener una hija o una hija para tener un hijo. Y esa punzada de culpa vuelve a asaltarme y la aparato de mí como si fuera un bicho.

Estar aquí reactiva mi memoria, quizás sea el piso o quizás la latitud o quizás sea mi madre, que apenas ha cambiado en estos años, la misma estatura que escasamente supera el metro y medio, los mismos ojos verdes, la misma boca que se tuerce al sonreír. Tan solo ha cambiado su melena, igual de rizada que siempre, pero ahora gris en vez de roja. Vuelvo atrás, añado datos, corrijo detalles, lleno el árbol de hojas. Cuando escribes una novela, te conviertes en su esclavo. Si una idea te visita en medio de la noche, te levantas a apuntarla y si después te viene otra y otra y otra, te sigues levantando. Dejas que tu novela te robe las noches y le das las gracias. A veces me sigo preguntando por qué hago esto y me entran miedos irracionales que me cuesta espantar. Me imagino, por ejemplo, que mi familia deja de hablarme. ¿Por qué se deciden los demás a escribir novelas autobiográficas? Para Delphine de Vigan y Elvira Lindo, la chispa fue la muerte —de la madre y del padre—; vía libre para hablar sobre sus vidas, para soltar por fin esas historias que llevaban años reclamando su lugar. Sin embargo, es triste tener que esperar; quizás entonces una milésima parte de nosotros desee que mueran para poder escribir sobre ellos. Para Mary Karr, la muerte no fue necesaria. Cuando le dijo a su madre que se disponía a escribir sobre su infancia, a destapar los secretos familiares, ella le contestó: «Tú sácatelo todo

de dentro, di que sí». Me encantaría que mi madre me dijera algo parecido. Ella también escribe. Lo mejor, los cuentos infantiles que me recuerdan a aquellos que improvisaba sobre mi colcha de elefantes blancos. Lo peor, sus *thrillers* policiacos que jamás tienen final feliz. Evito leer sus relatos desde que una vez me topé con un fragmento demasiado autobiográfico y sentí el dolor de verme convertido en personaje, de dejar de ser persona y de no verme a mí mismo, sino a lo que mi madre veía y que no es (no puede serlo) la verdad.

\* \* \*

Me he acercado al centro del pueblo a visitar a mi abuela. Escribo en el sofá amarillo donde me quedé tantas veces a dormir. Le he puesto a mi abuela el último programa de *MasterChef Junior* para tenerla entretenida. Tardó cinco minutos en abrirme la puerta. Cada vez le cuesta más recorrer el pasillo con el andador. Quiso abrazarme, pero le expliqué que no podemos arriesgarnos. «¡A ver si se termina de una vez el bicho!», me dice. Se queja, y eso que su vida no ha cambiado mucho. La artrosis le dificulta caminar y, pese a nuestra insistencia y la de la mujer que la cuida, apenas sale de casa. El confinamiento sumió al mundo en el día a día de mi abuela. Cada vez que vuelvo a Las Foras, me la encuentro un poquito más vieja, un poquito más encogida. El piso, por el contrario, está como siempre. Lo único que ha cambiado son las fotos de la repisa. Sigue estando la de mi tío, tomada un par de años antes de que muriera, pero ahora a su lado hay una foto que antes no estaba y en la que me fijé nada más entrar,

como si los ojos de aquel joven de rostro lampiño vestido con traje azul y pajarita me buscaran. Es una foto mía de cuando fui a una boda con mi padre y Rosa, poco después de empezar con la testosterona.

—Se ha separado de su segundo marido —me suelta mi abuela, sin apartar los ojos de la tele.

—¿Quién?

—La madre de Nicolás. Ahora trabaja en una gestoría.

No he visto a Nico en muchos años, desde antes de la transición. Me pregunto si su madre le ha preguntado a mi abuela por mí alguna vez y, en ese caso, ¿qué habrá dicho ella?

—¡Estás tú solico en Madrid! —añade, sin venir a cuento.

—¿Y qué pasa por eso, abuela? Yo estoy bien.

Aún se piensa que me fui a Madrid por necesidad, porque en Andalucía no había trabajo. Es normal que lo piense ya que es lo que le dije. Todavía no he corregido mi mentira.

—Claro, tienes espíritu de hombre. Las niñas son más cobardes.

Esta mujer de ochenta y ocho años me provoca demasiada ternura como para corregirle su machismo. Encajó lo mío muy bien. A veces, se le escapa alguna «a» al final de las palabras, pero siempre me llama Álex, desde el día en que se lo dije, nunca falla. La tarde que la llamé, me senté en el suelo de la batcueva; por alguna razón, me resultaba más fácil llamarla desde el suelo. Empecé como siempre que tengo que contar algo malo, con un «Tengo algo que decirte». Ese paso previo abre una puerta que ya no puede cerrarse. Se lo expliqué todo y no encontré una

sombra de rechazo. Hizo un par de preguntas inocentes, pero no intentó disuadirme de que siguiera adelante, como hizo mi padre. Nos despedimos. A los dos minutos, cuando yo todavía estaba en el suelo con el móvil en la mano y los ojos húmedos, me llamó. «Oye, que quiero aclararte que si me he sorprendido es porque creía que me ibas a decir algo malo. Me habías asustado».

Sí, se lo tomó muy bien, aunque un día me soltó: «¿Cuándo vas a ser un hombre?». Por entonces ya tomaba testosterona, ya me había hecho la mastectomía, ya tenía barba. Mi voz era aguda como la de un adolescente, pero no aguda como la de una mujer. Había conquistado un cuerpo que me representaba. ¿Qué más hacía falta? ¿Tenía que someterme a una complicada operación y colocarme un pene escasamente funcional para ser un hombre a sus ojos? ¿Qué significa ser un hombre para mi abuela?

Me ofrece un café, pero lo rechazo. Le explico que dejé la cafeína hace unos meses, para la operación, y que después no he vuelto a tomarlo.

—¿Qué operación?

—Ah, ¿no te lo había dicho? Me hice un trasplante capilar en noviembre.

Cuando salí de la operación, cientos de bolitas negras cubrían el área trasplantada. No salí de casa en dos días y, después, solo para hacer la compra y tirar la basura. Un nuevo confinamiento autoimpuesto. Ahora el pelo nuevo me cubre el área que la testosterona se encargó de despoblar.

—Es verdad que te estabas quedando muy calvo.—Se ríe—. Hay muchos médicos calvos. Y muchos curas también.

Asiento, sin saber qué decir. Para cambiar de tema, le cuento que quizás me marche a Montpellier este verano. Me pregunta dónde está eso.

—Al sur de Francia.

—¡Francia! Nosotros vivimos muchos años en Francia.

Mis abuelos paternos emigraron a París en el 66, más o menos por la misma época en que los maternos se marchaban a Alemania. Mi abuela me cuenta por enésima vez la anécdota de aquella tarde en la plaza de Montmartre, cuando una pareja de japoneses pidió hacerle una foto a mi padre, por entonces un niño rubio de tres años, que se entretenía espantando a las palomas. La foto de mi padre hace que me acuerde de esa otra foto. Me pregunto si por fin la habrá quitado.

Me he excusado para ir al baño y, en vez de eso, he entrado en su cuarto, donde no había estado en años. Y ahí estaba, en la pared enfrente de la cama, al lado de un Cristo crucificado surgiendo de la bruma. La foto de mi primera comunión. Mi pelo corto y negro coronado por una diadema blanca, el vestido blanco que heredé de mi prima Sonia, los guantes blancos. La niña apoya la barbilla en sus manos entrelazadas. Sonríe. Me recuerdo más o menos feliz con el vestido, corriendo de un lado a otro, admitiendo ante mis padres que no era tan terrible después de todo, que se podía correr con vestido. No me hicieron ni caso cuando les dije que quería llevar pantalones. Antes de hacer la comunión ya me había dado cuenta de que Dios no existe. Al principio, mi conclusión me daba miedo y me pasaba alguna que otra noche despierto hasta la madrugada pensando en la ira de Dios si es que me equivocaba. Para cuando me tocó hacer la

comuni3n no solo haba perdido la fe, sino tambi3n el miedo.

Al volver al sal3n no he dicho nada de lo que he visto y menos a3n de lo que pienso. Pienso que ya le vale a la vieja, mirar todos los d3as la foto de mi primera comuni3n nada m3s levantarse de la cama. Quiz3s la guarda por la misma raz3n por la que exhibe la foto de mi t3o en la repisa: para recordar a los que se fueron, para honrar a los muertos.

En la tele, una ni3a de diez a3os llora ante el 3ltimo veredicto de Jordi Cruz. Mi abuela me mira y sonr3e.

—Me gusta ver a los chiquillos.